

El campanero Ole

En el mundo todo va ora cuesta arriba, ora cuesta abajo, ¡cuesta abajo, cuesta arriba! ¡Ya no puedo subir más alto! —solía decir Ole, el campanero. ¡Cuesta arriba, cuesta abajo; cuesta abajo, cuesta arriba! Todos hemos de probarlo. Al fin y al cabo, todos nos convertimos en campaneros: miramos la vida y las cosas desde arriba hacia abajo.

Así hablaba mi amigo Ole, el campanero, un anciano alegre y locuaz. Parecía que lo que tenía en la mente lo tenía también en la lengua, pero guardaba mucho en su corazón. Era de buena cuna; se decía que era hijo de un importante funcionario, o que podría haberlo sido; recibió educación, fue ayudante de maestro, luego ayudante de sacristán, ¡pero de todo ello no salió nada! Ole vivía a expensas del sacristán, y en aquellos tiempos aún era joven y le gustaba lucirse, como suele decirse; así pues, exigía para sus botas betún brillante, mientras que el sacristán solo le daba grasa ordinaria; por eso no se entendieron. Uno habló de mezquindad, el otro de vanidad; el betún se convirtió en la causa negra de su disputa, y se separaron. Pero las exigencias de Ole siguieron siendo las mismas: exigía betún brillante de todo el mundo, y siempre recibía solo grasa ordinaria; así que se alejó de la gente y se hizo eremita. Pero una celda de eremita, y además con un pedazo de pan, solo puede encontrarse en una gran ciudad en el campanario. Allí se refugió Ole y paseaba solo, completamente solo, por la atalaya, fumando su pipita. Miraba hacia abajo, miraba hacia arriba, y contaba lo que veía y lo que no veía, lo que había leído en los libros y lo que llevaba en su alma. Yo a menudo le proveía de libros, solo buenos: dime con quién te juntas y te diré quién eres. Ole no amaba las novelas edificantes inglesas, ni tampoco las francesas, confeccionadas de viento y rabos de pasas. Me pedía descripciones de la vida de las gentes y de las maravillas de la naturaleza. Visitaba a Ole al menos una vez al año, ordinariamente poco después de Año Nuevo: en esa época mi amigo siempre tenía de qué hablar, siempre tenía en reserva algo relacionado con el cambio de año.

Contaré aquí dos visitas, procurando, en lo posible, atenerme a las propias palabras de Ole.

Primera visita

Entre los libros que le di a Ole la última vez, había uno sobre los cantos rodados; este fue el que especialmente le gustó.

—¡He aquí cuyo jubileo debería celebrarse: el jubileo de los cantos rodados! —me dijo Ole—. ¡Y pasan junto a ellos sin siquiera notarlos! Yo mismo lo hacía, cuando paseaba por el campo y por la orilla, donde yacen cientos. ¡En el empedrado, estos restos de la antigüedad canosa son pisoteados con indiferencia! ¡Y yo también lo hacía! Pero ahora miro cada piedra del empedrado con profundo respeto. ¡Gracias por este libro! Ha captado mi atención, me ha liberado de viejos prejuicios y hábitos, y ha despertado en mí el deseo de leer más libros como este. ¡La novela de la tierra es, después de todo, más interesante que todas las novelas! Lástima solo que no puedan leerse sus primeros capítulos: están escritos en una lengua que no hemos aprendido; hay que leer por capas, por estratos de sílex de diversos períodos terrestres, y los personajes, Adán y Eva, aparecen solo en el sexto capítulo. A algunos lectores tal aparición les parece algo tardía: quieren personajes vivos desde el principio de la novela terrestre; pero a mí me da igual. Sí, he aquí una novela de contenido fabuloso, y todos nosotros estamos representados en ella. Nos agitamos, nos removemos, nos arrastramos y... ¡nada, seguimos en el mismo sitio!, mientras la esfera gira y gira, sin derramar sobre nosotros el océano. La corteza por la que caminamos es tan dura que no nos hundimos, y así la novela se extiende durante millones de años, y la continuación está toda por delante. ¡Gracias por el libro sobre los cantos rodados! ¡Son unos valientes! Si supieran hablar, contarían muchas cosas. Ciertamente es divertido, sentado aquí en la atalaya, convertirse en cero, recordando que todos nosotros, con todo nuestro betún brillante, nuestras órdenes, nuestro avance hacia adelante, somos solo hormigas efímeras sobre un montículo terrestre. Sí, uno se siente tan inexperto en comparación con estos cantos rodados de millones de años, que simplemente resulta incómodo. Leí el libro precisamente bajo Año Nuevo y me sumergí tanto en él que olvidé proporcionarme mi placer habitual: ver cómo «la horda salvaje galopa hacia Amager». Sí, ustedes probablemente no saben nada de esto.

Todos conocen el vuelo de las brujas al aquelarre; ocurre en la noche de San Juan, y vuelan hacia el monte Brocken. Pero nosotros tenemos nuestro propio aquelarre, autóctono y moderno, en Amager, en la noche de Año Nuevo. Todos los malos poetas y poetisas, músicos, periodistas y demás figuras artísticas inútiles galopan en la noche de Año Nuevo por los aires hacia Amager; vuelan a caballo de brochas o de plumas de ganso —las de acero no sirven: son demasiado duras, no se doblan—. Yo, como he dicho, contemplo cada año el viaje de la horda salvaje, y podría nombrarles a muchos de los viajeros —¡pero no vale la pena meterse en líos!—. Les moriría de ganas que la gente supiera de su viaje nocturno anual, a caballo de plumas, hacia Amager, pero tengo una pariente lejana, vendedora de pescado y proveedora de palabras injuriosas para tres respetables periódicos, como ella dice, y ella estuvo presente una vez en tal aquelarre como invitada. La

llevaron allí, pues ella misma no sostiene una pluma en la mano ni sabe montar a caballo. Así que ella fue quien me lo contó todo. La mitad de sus relatos son mentira, pero la otra mitad basta. La fiesta comenzó con cantos; cada invitado escribió el suyo y cantó el suyo —pues el suyo era el mejor de todos—. ¿Acaso no da lo mismo? ¡Todos cantaban con la misma tonada! Luego los «trabajadores de la lengua» marcharon en pequeños grupos. Había campaneros que repican por las casas, y pequeños tamborileros que redoblan en las familias. Después, quienes lo necesitaban, se familiarizaron con los escritores que lanzan sus artículos sin firma —para que la grasa pueda pasar por betún brillante—. Entre ellos estaba el verdugo y su ayudante; este último era el más agudo de lengua —de otro modo no le habrían prestado atención—. Había también un basurero que vaciaba su caja de basura, diciendo: «¡Bien, muy bien, extraordinariamente bien!». En pleno apogeo de la «diversión», de la fosa de estiércol brotó un tallo, un árbol, una flor monstruosa, un hongo enorme, un techo entero; este era el «árbol de Navidad» de la honrada asamblea; en él colgaba todo lo que habían dado al mundo durante el año viejo. De él salían chispas, como si fueran fuegos fatuos volando; eran pensamientos prestados e ideas tomadas en préstamo, de las cuales se habían servido los participantes de la fiesta; ahora se habían liberado y volaban por los aires como fuegos artificiales. Comenzó el juego de «la soga arde»; los poetillas jugaban a «el corazón arde», los charlatanes sembraban agudezas —de otro modo no pueden—, y las agudezas resonaban como si se rompieran contra las puertas ollas vacías u ollas con ceniza. Fue terriblemente divertido, según palabras de mi parienta. En realidad, ella vertió aún otros tres celemines de observaciones malvadas pero ingeniosas, pero no las repetiré: hay que ser buenas personas, no críticos. Ahora comprenderán que, sabiendo de tal fiesta, no pierdo ocasión cada año, en la noche de Año Nuevo, de ver cómo galopa la horda salvaje. Algunos años echo de menos a ciertos viajeros del año anterior, pero ordinariamente se añaden también varios nuevos. Este año, sin embargo, perdí el espectáculo, rodando junto con los cantos rodados a través de millones de años. Vi cómo se desprendían de las rocas del norte, rodaban cuesta abajo, flotaban sobre témpanos de hielo mucho antes de la construcción del arca de Noé, caían al agua, se sumergían hasta el fondo y volvían a subir a la superficie junto con el banco de arena, que decía: «¡Aquí será Zelanda!». Vi cómo estas piedras sirvieron de asiento para especies de aves que nos son desconocidas, de trono para jefes de hordas salvajes, cuyos nombres tampoco conocemos; vi, finalmente, cómo en algunas de las piedras se tallaron con hacha signos rúnicos. A estas piedras, pues, se les ha asignado un lugar en el cómputo del tiempo, mientras que yo mismo perdí definitivamente toda noción del tiempo, me convertí en cero... En ese momento cayeron del cielo tres o cuatro estrellitas encantadoras, y mis pensamientos tomaron otro rumbo. Ustedes

saben qué son las estrellas fugaces. ¡Los sabios no lo saben! Yo las miro a mi manera.

¡Con qué frecuencia envían las personas un gracias secreto y mudo al hombre que ha realizado algo bello y bueno; ese gracias es silencioso, pero no se pierde en vano. Según mi parecer, ese gracias silencioso y secreto es recogido por un rayo solar, que luego lo deposita sobre la cabeza del bienhechor. Y si sucede que un pueblo entero envía tal gracias

a un bienhechor fallecido hace mucho, cae del cielo sobre su tumba un ramo brillante: una estrellita. Y me produce verdadero placer adivinar, especialmente en la noche de Año Nuevo, a quién está destinado ese ramo de agradecimiento. La última vez, la estrella cayó sobre la costa suroeste; ¡fue un gracias para muchos, muchos! ¿Pero a quién exactamente? En mi opinión, la estrella cayó seguramente sobre la escarpada orilla del fiordo de Flensburgo, donde ondea el Dannebrog sobre las tumbas de Schleppegrell, Læssøe (oficiales daneses que murieron heroicamente en la primera guerra daneso-prusiana (1848-1850) — Nota del traductor) y sus camaradas. Luego, una vez vi cómo una estrella se deslizó hasta el mismo centro del país, hasta Sorø, sobre la tumba de Holberg. ¡Fue un gracias de muchos lectores de sus maravillosas comedias!

¡Y qué pensamiento tan grandioso y alegre es saber que sobre tu tumba se deslizará una estrellita así!... Sobre la mía no caerá ninguna, ni un solo rayo de sol me traerá un gracias: ¡no hay por qué! No he logrado conseguir betún brillante; mi destino es conformarme con grasa sencilla.

Segunda visita

El primer día de Año Nuevo subí al campanario, y Ole habló sobre los brindis que se vacían con motivo del paso del viejo «enredo» —así llamó él al año— al nuevo. Entonces oí de él la historia de las copas, y en ella había una idea no mala.

—Apenas las campanadas de la noche de Año Nuevo den las doce, la gente se levanta de sus sitios con copas llenas en las manos y bebe por la salud del Año Nuevo. Comienzan el año con copas en las manos: ¡un buen comienzo para los borrachos! Comienzan el año acostándose a dormir: ¡un buen comienzo para los perezosos! Y el sueño y las copas realmente desempeñan durante el año un papel considerable. ¿Y saben ustedes qué hay en las copas? —me preguntó Ole—. ¡En ellas hay salud, alegría y regocijo! Pero también en ellas hay desgracia y las mayores calamidades. Al contar las copas, naturalmente me refiero a los grados de embriaguez.

He aquí la primera copa, la copa de la salud. En ella crece una flor de salud; plántala en tu casa y, al final del año, estarás sentado en la glorieta de la salud.

Si tomas la segunda copa, de ella sale volando un pajarillo; trina inocente y alegremente; el hombre lo escucha e involuntariamente le hace coro: «¡La vida es hermosa! ¡No hay que cabizbajarse! ¡Adelante con valentía!».

De la tercera copa sale una pequeña criatura alada; no puede llamársele angelito, pues es de la raza de los duendes domésticos, pero no se burla, sino que solo bromea. Se adhiere al oído del hombre y comienza a susurrarle invenciones divertidas, se acuesta sobre su corazón y lo calienta de tal modo que al hombre le dan ganas de hacer travesuras y decir agudezas, y realmente se convierte en un ingenioso, según la opinión de otros ingeniosos como él.

En la cuarta copa no hay ni flor, ni pajarillo, ni travieso alado; en ella hay una línea trazada por la razón, más allá de la cual nunca debe pasarse.

Pero si tomas la quinta copa, llorarás sobre ti mismo, te conmoverás o, por el contrario, armarás un escándalo: de la copa saltará con estrépito el príncipe Carnaval, desenfrenado en su lengua, ¡loco!... Te arrastrará, olvidarás tu dignidad —si es que la tienes—. Olvidarás muchas cosas, más de las que puedes y debes. ¡Baile, canto, tintineo de copas!... Las máscaras te arrastran en un torbellino furioso... Ante ti están las hijas de Satán, con gasa y seda, con los cabellos sueltos, esbeltas, hermosas... ¡Despréndete de ellas, si puedes!

¡La sexta copa!... En ella ya está sentado el mismo Satán, bien vestido, elocuente, atractivo, un hombrecillo sumamente agradable. Te comprende perfectamente, considera que siempre y en todo tienes razón; él es tu segundo «yo»; viene con una linterna para acompañarte a casa. Sí, en una vieja leyenda se cuenta sobre un santo que debió elegir uno de los siete pecados capitales y eligió, según le pareció, el menor: la embriaguez, pero gracias a ella cayó en todos los demás. En la sexta copa hay sangre de Satán mezclada con sangre humana. Basta con beberla para que todas las malas semillas ocultas en tu alma echen brotes, y cada una crezca, como el grano de mostaza del Evangelio, hasta convertirse en un árbol entero capaz de cubrir con su sombra todo el mundo. A la mayoría de las personas, después de esto, solo les queda ir a la fundición.

¡Ahí tenéis la historia de las copas! —concluyó Ole—. Puede servirse tanto con salsa de betún brillante como con salsa de grasa sencilla. Yo la sirvo con ambas.

Esta fue mi segunda visita a Ole; si quieres escuchar más, habrá que continuar las visitas (Siete años después (1868), el autor escribió precisamente tal continuación

bajo el título «El día del mudanza»; este cuento será incluido en las «Obras completas» en su lugar correspondiente. — Nota del traductor).